



La ascensión al Teide del geógrafo francés Frédéric Weisgerber en 1901

Texto: **Miguel A. Noriega Agüero**

(geógrafo, investigador y miembro de la Tertulia Amigos del 25 de Julio)

Desde tiempos remotos, el Teide ha sido el gran símbolo del archipiélago canario, un referente para los marinos, la montaña mágica de los guanches, un enorme edificio volcánico objeto de estudio e investigaciones científicas. El Teide fue y es uno de los referentes de nuestra historia y tanto locales como foráneos venidos de todo el planeta han querido ascenderlo y sentir esa fascinante sensación de coexistir por un momento con sus paisajes, con sus plantas, con sus caprichosas formas orográficas. El plantel de viajeros y científicos que han pisado sus laderas y hollado su cima es extenso: Humboldt, Berthelot, Edens, Feuillée, Verneau, Christy y un largo etc. (1).

Frédéric Weisgerber nace en Sainte-Marie-aux-Mines (Alsacia, Francia) el 30 de marzo de 1868. Instalado en el Magreb desde finales del XIX, desarrollaba allí sus estudios y trabajos en medicina tras obtener el doctorado en 1892. Pero sus ojos y su mente buscaban también otras ramas del pensamiento y la investigación. Su vocación y pasión por la geografía le llevó a ser un gran conocedor de esa región norteafricana, examinando su relieve y cartografiando zonas hasta ese momento casi sin documentar. Weisgerber, conocedor de la magnitud e importancia del Teide y las características ambientales y sociales de Tenerife, dedica unos días del mes de junio de 1901 a escalar el gran volcán. Aprovecha un retorno a Francia tras una de sus estancias en Marruecos, gracias a un navío que desde ahí le lleva a Canarias.

Es durante su viaje a las Islas cuando arranca el relato que publica en 1905 en la Revue Générale des Sciences Pures et Appliquées (2), que nos permite conocer hoy cómo fueron los ocho días en Tenerife de este geógrafo galo y que precisamente titula así: "Huit jours à Ténériffe" (3): "El halo poético de leyendas que coronan las Islas Afortunadas se ha desvanecido para siempre, los geólogos ni siquiera permiten ya que veamos en ellas los restos de una fabulosa Atlántida engullida por el mar, las Islas Canarias, con su belleza natural, su fertilidad y su clima delicioso, forman un archipiélago privilegiado, una de las regiones más atractivas del mundo. Regresando de Marruecos

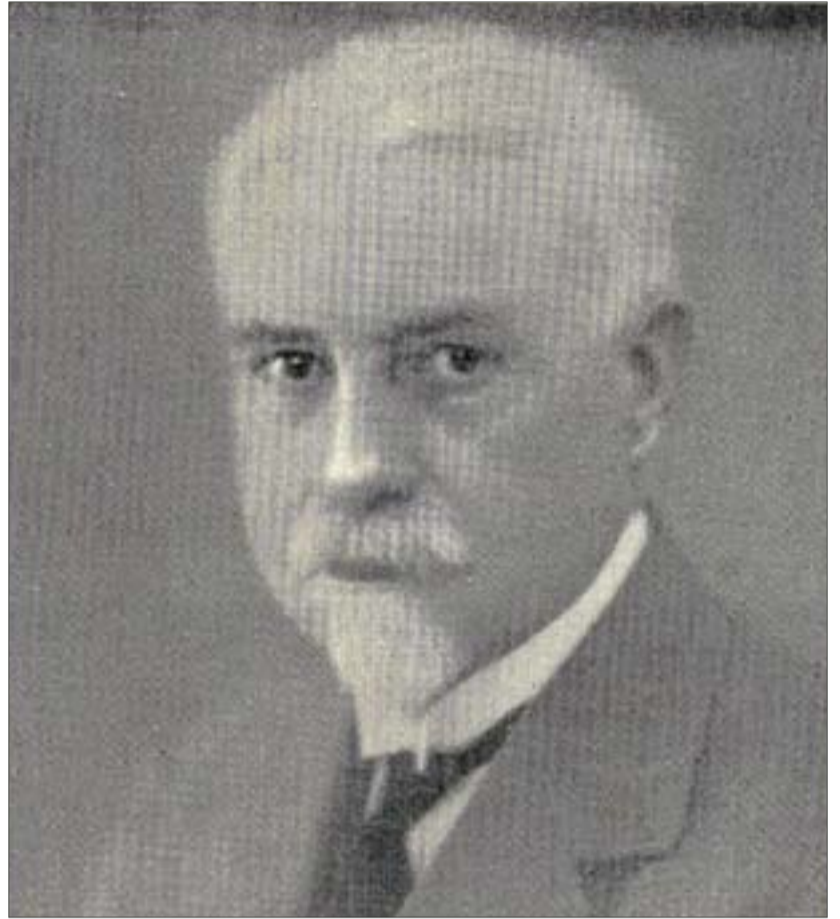
hacia Europa a través de las islas, decidí dedicar unos días a escalar este pico (el Teide) que podíamos divisar incluso a 200 kilómetros de distancia".

Realiza una breve parada en Gran Canaria antes de llegar a Tenerife. Aquí tiene tiempo de conocer la capital, Las Palmas, e incluso de visitar la Caldera de Bandama. En el puerto grancanario toma el vapor frutero *Orotava*(4), que le llevará a Santa Cruz de Tenerife, a donde arriba el domingo 9 de junio de 1901. Pone pie en la capital canaria, en la que en ese momento residían unos 39.000 habitantes(5), y comienza a observar y detallar en su relato todo lo que llama su atención. Así, describe Santa Cruz como una localidad "construida en terrazas entre el mar y una barrera de altas montañas de formas distorsionadas, con calles estrechas y casas con bonitos balcones rematados por aleros y miradores que imprimen un carácter pintoresco, capaz de satisfacer incluso a los trotamundos más experimentados".

Le llama la atención que se conserven en la iglesia de la Concepción la cruz de la conquista y dos banderas tomadas a las tropas de Nelson tras una "excelente defensa que Santa Cruz opuso al ataque de la escuadra británica en 1797, episodio que hizo que el héroe nacional británico perdiera un brazo, sufriendo su única derrota". Igualmente, es consciente el geógrafo galo de la pervivencia de las costumbres de los lugareños, a pesar, según manifiesta en su relato, del enorme contacto que los chicharreros tienen con foráneos que recalcan en su puerto.

Al día siguiente, Weisgerber sube a La Laguna "atravesando fincas de cereales y tuneras". Es de suponer, ya que él no lo cita, que quizás toma el recién inaugurado tranvía(6) que desde hacía unas semanas recorría ya el trayecto entre Santa Cruz y Agüero. Le llama la atención que se trata de una ciudad que, salvo en verano, época en que residen aquí los ricos comerciantes de Santa Cruz, está muerta. Tanto es así que le resulta curioso que crezca la hierba sobre el tapiz de tierra y piedra de sus calles. Aquí toma la diligencia que le llevará a La Orotava, desde donde comenzará su deseada ascensión al Teide.

A las diez de la mañana llega el carruaje (con una hora de retraso sobre



Retrato de Frédéric Weisgerber.

el horario previsto), tirado por cinco viejos corceles y lleno hasta los topes. Narra nuestro protagonista en su relato que había pasajeros sentados junto al cochero e incluso en la parte superior, sobre las maletas. El motivo de tanta demanda por viajar al valle: dos días más tarde comenzaban las fiestas de La Orotava, que, como cada año por esas fechas, se llevaban a cabo en honor de San Isidro y el Corpus Christi. Y es que las fiestas de la capital del valle de Taoro eran (y lo siguen siendo) todo un acontecimiento en la isla.

Weisgerber finalmente desechó el viaje en esa abarrotada diligencia y prefirió esperar la llegada de un coche de alquiler tirado por una pareja de caballos, que tomaría junto a otros dos pasajeros, por el precio de 13 pesetas el billete. El trayecto a través de la comarca de Acentejo y la posterior entrada en el valle lo relata de la siguiente manera: "La ruta atraviesa en primer lugar una hermosa avenida de eucaliptos entre campos de maíz, llegando a su punto más alto a 620 metros. Entonces comienza el descenso hacia el oeste, a lo largo del flanco norte de la cordillera que forma la espina dorsal de la isla. A ambos lados, campos, huertos, jardines salpicados de fincas y cabañas de paja; a la derecha, el mar. A medida que avanzamos, la vegetación toma un aspecto cada vez más

meridional y con muchas palmeras. Vamos a través de una serie de bonitos pueblos, Tacoronte, Matanza, San Antonio, Victoria, y finalmente Santa Úrsula. Un poco más adelante, en una curva del camino, llegamos a un punto donde la vista abarca todo el hermoso valle de Orotava que el gran viajero Humboldt proclamó como el más bello del mundo: un primoroso jardín, entre el mar y las montañas, donde brotan las flores y maduran las frutas".

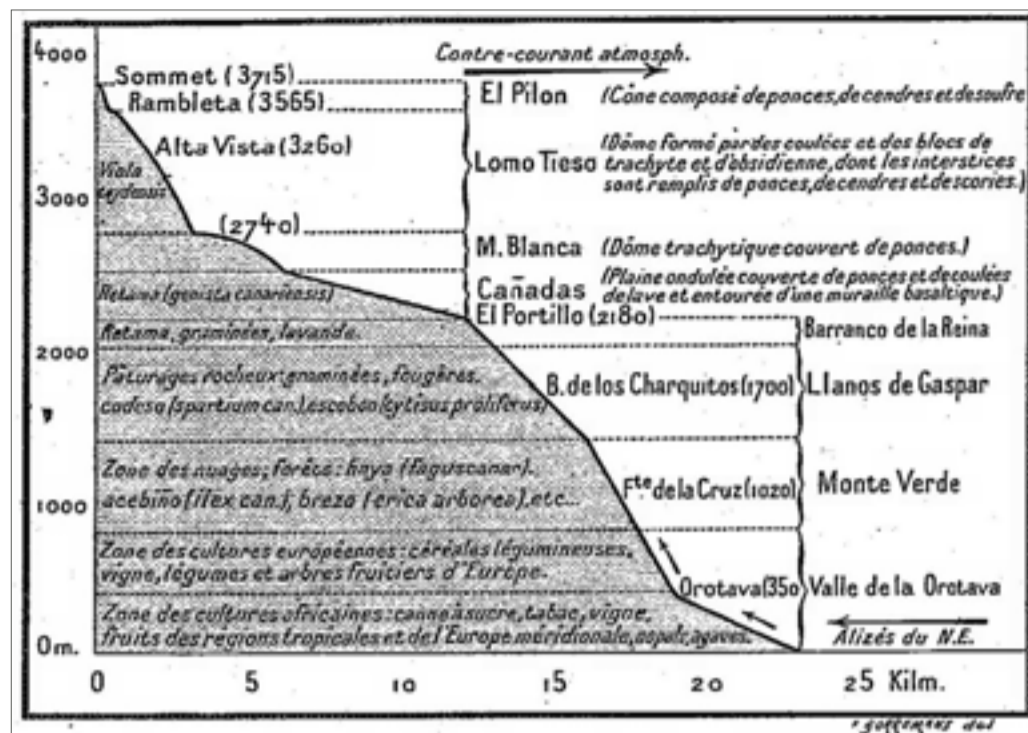
Recuerda el intelectual galo en la crónica de su viaje que en esa zona se fraguaron tremendas batallas entre los castellanos, liderados por Fernández de Lugo, y los guanches, antiguos pobladores de Tenerife. De estos aborígenes destaca su estrecha relación con los de los pueblos del norte africano, existiendo, a su parecer, muchas similitudes entre costumbres, vocablos y ritos bereberes y guanches.

Algo más de una hora después de haber partido de la ciudad de los Adelantados el vehículo entra en la villa, quizás recorriendo la calle del Calvario, que estaba siempre primorosamente adornada de arcos engalanados durante esas jornadas festivas. Ese año, además, de las tradicionales alfombras que cubren las vetustas calles de la villa, una de ellas diseñada en esa ocasión por Felipe Machado, tuvo lugar una mag-

nífica exposición de flores en los jardines del Marquesado de la Quinta Roja(7). El programa de fiestas de ese año 1901 contaba también con unos animados Juegos Florales(8) la tarde del 15 de junio(9), una concurrida exposición de ganado (con 105 reses nada menos), un baile infantil en el Liceo de Taoro e incluso carreras de cintas en bicicleta y a caballo, además de los tradicionales actos religiosos.

Weisgerber se hospedó en La Orotava en la Fonda de Doña María Antonia, desde donde partió hacia las cumbres el 12 de junio, a las ocho de la mañana, acompañado de un guía, un arriero y dos mulas. Portaban como equipaje varios panes, mantas, vino y leña, además de víveres y otros enseres. Como ya hiciera algo más de un siglo antes Alexander von Humboldt, la ruta de subida desde la villa hasta las Cañadas no fue otra que el histórico y tradicional Camino de Chasna. A lo largo de ese itinerario de ascensión a la cumbre isleña, Weisgerber, al igual que hiciera el científico germano, pone su mirada en los cambios que va sufriendo la vegetación a medida que se va ganando altitud. Así, le llama la atención, primero, la diversidad de cultivos en las zonas bajas del valle, con plátano, caña de azúcar, tabaco, papas, viñas, mangos, cereales, aguacate y guayaba, entre otras plantaciones. Dejando cada vez más abajo los barrios y caseríos, a mayor altitud del valle la expedición penetra en el bosque húmedo de la isla. Enumera Weisgerber la variedad de especies vegetales del monte-verde con las que se van encontrando en la subida: laurel, faya, brezo, acebiño, viñátigo, tilo, etc. Efectúa su primera parada en la fuente de la Cruz del Dornajito, habiendo rebasado, pues, la cota de los 1.000 metros, y tras dos horas de marcha llega a los Llanos de Gaspar, a unos 1.400 metros de altitud. A partir de aquí, relata, el pino es el auténtico dominador del monte, al que fielmente le acompañan el codeso y el escobón. Tras el último tramo de la subida, atravesados los barrancos de los Charquitos y de la Reina, ya en el Portillo, así describe el geógrafo francés lo que brota ante sus ojos: “El llano que se nos presenta es de una belleza incomparable. En el centro del gran circo de Cañadas, desierto salpicado de piedra pómez y flujos de lava y arbustos de retama, el Teide se alza majestuoso en una atmósfera de una claridad maravillosa. Su cúpula gigante tiene franjas verticales de color amarillo y negro, y el cono terminal blanco se destaca del cielo azul con un claror que permite distinguir todos los detalles. Así entendemos, a la vista de esta imponente masa de 20.000 millones de metros cúbicos, por qué los antiguos eran capaces de imaginar que este era el pilar de la bóveda celeste, y que los guanches, aterrizados por sus erupciones, lo veían como la vía de escape del infierno, montando guardia allí para evitar que el espíritu maligno escape de las entrañas de la Tierra”.

La expedición busca sombra al cobijo de una retama donde tomar unos



●●●
“Gráfico de altitud y pisos de vegetación del Valle de La Orotava y Teide realizado por F. Borremans e incluido en el artículo de Weisgerber”.

tragos de vino y viandas y echar una breve siesta. Emprende rumbo de nuevo a las tres de la tarde, tras esta “parada técnica”, y el grupo se va acercando cada vez más al gran cono del Teide, entre retamas y sobre “piedras pómez en movimiento y grandes coladas de lava”. Superados ya los 2.700 metros de altitud, alcanza la cima de Montaña Blanca, a la que Weisgerber pone el calificativo de “contrafuerte del Teide”. Aquí descansa unos minutos y tras ello ataca la subida al pico por el Lomo Tieso, caminando rodeado de lavas negras y bloques de traquitas y obsidiana. Cada cuarto de hora la expedición se ve obligada a parar, dejando así que tanto hombres como mulas tomen aliento y energías. “¡Anda, mulo! ¡Anda, mulito!”, vocean los arrieros. Por fin, a las seis de la tarde llegan al refugio de Altavista, a 3.260 metros sobre el nivel del mar. Describe el albergue como “una sólida construcción de mampostería, compuesta por dos habitaciones grandes con colchones, mesas, taburetes y pequeñas estufas de hierro; una cocina y un granero que puede llegar a albergar hasta una docena de animales”.

Mientras sus acompañantes preparan la cena él disfruta de la panorámica desde el exterior del refugio. Weisgerber, al igual que muchos que hemos subidos al Teide pernoctando en esas alturas, disfrutó de lo lindo del diario espectáculo del atardecer, en que la luz y las sombras adquieren los papeles de actores principales sobre el fascinante escenario del techo de la isla: “El astro no es visible, porque nuestra casa está colgada sobre el flanco oriental de la montaña. Lo que veo desde aquí es la sombra del pico, un triángulo achaparrado, que inicialmente cubre sólo una parte de las Cañadas. Gradualmente, a medida que el sol se hunde en el horizonte, el triángulo crece hasta llegar a la pared de basalto iluminada por el sol poniente, para extenderse después sobre las nubes, llegando a fusionarse con las sombras de la noche”.

Tras la cena y la charla, los componentes de la expedición se envuelven en sus mantas y duermen unas horas, antesala de lo que al día siguiente será

el ataque a la cumbre. De buena mañana, el grupo inicia de nuevo la marcha abordando los algo más de 400 metros de desnivel que los separan de la cima. Nuestro protagonista relata los fuertes dolores de cabeza y oídos que sufre debido al mal de altura, lo que no le impide llegar hasta la Rambleta. Desde ahí, el último tramo hasta la cúspide, trepando sobre un terreno rocoso difícil en el que Weisgerber prácticamente destroza sus botas. Con el sol ya emergido sobre el horizonte y bajo un fuerte y gélido viento, llegan a la cumbre, en el borde del cráter humeante de vapores sulfurosos. A sus pies, las faldas del volcán y las Cañadas, y aún en sombra los pinares, el monteverde y los pueblos y villas del norte de la isla. A lo lejos, las islas de Gran Canaria, a un lado, y La Gomera, La Palma y El Hierro, al otro, allí donde “el azul del cielo se funde con el azul del mar”.

Durante el descenso visitan la Cueva del Hielo: “(...) una profunda cavidad, donde la nieve y el hielo consiguen conservarse todo el año. Según los aborígenes se comunica con una de Icod y fue utilizada como necrópolis por los guanches”. Tras ello y la posterior parada en Altavista para entrar en calor con un café, emprenden desde aquí el regreso a La Orotava a las siete y media de la mañana, tomando el mismo recorrido que de subida. A las once y media cruzan el barranco de los Charquitos, donde almuerzan, arribando a la villa sobre las dos de la tarde.

Pagada la estancia y manutención en la fonda y despedido del guía y el arriero, Weisgerber toma el coche de caballos rumbo a Santa Cruz. Esta vez el regreso lo hace cómodamente, sin el bullicio de la ida, gracias a que ese día, 14 de junio, La Orotava gozaba ya de las tan ansiadas fiestas locales. Llega a la capital a las nueve de la tarde, sin tiempo para tomar el vapor *Ville de Manhao* (10), proveniente de Dakar y con destino a Burdeos y Le Havre. Eso le permite pasar tres días más en la isla, conociendo con mayor detalle la ciudad y sus alrededores. Finalmente, la tarde del lunes 17 de junio se embarca en el vapor *Satrústegui*(11), que, llegado

de Buenos Aires y Montevideo, pone rumbo a Europa, haciendo escalas en Cádiz, Barcelona y Génova(12).

Se da la curiosidad que de este buque desembarcan en el puerto gaditano varios centenares de emigrantes retornados de Argentina. Diversos diarios canarios, e incluso de otras provincias, dan cuenta del hecho. Por ejemplo, La Región Extremeña detalla(13): “Telegrafían de Cádiz, manifestando que llegó a aquel puerto el vapor *Satrústegui*, procedente de Buenos Aires. Trae 300 emigrantes españoles, rodeados de sus esposas e hijos. Vienen harapientos y hambrientos y cuentan que es horrible la miseria que sufren los españoles que han ido a la república argentina creyendo que allí mejoraría su posición social. Muchos miles de compatriotas nuestros, que están pereciendo, piden al Gobierno que los traiga a España”. Unos días más tarde, el cónsul argentino en Cádiz desmentía en prensa esa noticia, alegando que ni él ni las autoridades del puerto han tenido noticia de tal desembarco.

Ya de nuevo en Francia, en donde permanece por unos meses, Weisgerber se embarca como médico en buques ingleses recalando en varios países asiáticos. En 1909, vuelve a Marruecos, donde, tras un breve paréntesis debido a la Gran Guerra, en la que participa como voluntario en el frente, vivirá la mayor parte del resto de su vida como corresponsal de prensa, diplomático, político, empleado de banca y escritor. En 1926 finaliza una prolífica actividad tras una decena de libros publicados, innumerables artículos en prensa y revistas científicas y técnicas, destacados estudios sobre la medicina tradicional y otras costumbres de los pueblos marroquíes, investigaciones geológicas y patrimoniales de esa región norafricana y varios mapas de algunas regiones del Magreb(14). Frédéric Weisgerber fallece el 28 de diciembre de 1946 en Rabat, en cuyo cementerio europeo está enterrado.

NOTAS

- Respecto a este tema, recomiendo la lectura de la última obra de Juan Tous Meliá: “La medida del Teide” (2015).
- Revue Générale des Sciences Pures et Appliquées. 1905. Doin (Paris)
- Páginas 1038-1045.
- De la compañía Forwood Brothers & Co's. (Line of Steamers). Agente HY Wolfson, Marina 1.
- Tous, J.: “Santa Cruz de Tenerife a través de la cartografía [1588-1899]”. 1994.
- La inauguración oficial tuvo lugar el 7 de abril de 1901, concretamente a las dos de la tarde de esa jornada.
- La Orotava. Revista Decenal Literaria y de Intereses Generales”, 10 de Junio de 1901
- Presidió el jurado el arcipreste de la catedral de Las Palmas José López Martín y formó parte también del mismo Patricio Estévez Murphy, director del Diario de Tenerife.
- La Opinión, 10 de junio de 1901.
- Despachado por Hardisson Hermanos.
- Buque de Vapores Correos de la Compañía Transatlántica, que fue despachado por la consignataria Hijos de Juan Larroche.
- Formaban parte del listado de pasajeros, además de Weisgerber, el comerciante chicharero Andrés Saavedra y el entonces director de Sanidad del puerto santacrucero Joaquín Estarriol.
- La Región Extremeña, 22 de junio de 1901.
- Pouillon, F.: “Dictionnaire des orientalistes de langue française”. Karthala. 2008

● ● ●
 Texto: **Pablo Jerez Sabater**
 (profesor de Historia del Arte de la EA
 Pancho Lasso, de Lanzarote)

2017 será un año colombino marcado por el 525 aniversario del viaje del Descubrimiento de América. La Gomera, señalada desde entonces en los mapas de la historia, fundamenta su desarrollo en base a una bahía que jugó un papel fundamental en la epopeya de Cristóbal Colón camino de las Indias occidentales. Veamos, pues, su importancia.

El puerto de San Sebastián es “*el mejor de todos cuanto hay en estas islas*”. Esta afirmación fue realizada por el ingeniero cremonés Leonardo Torriani en el siglo XVI y sirve al caso para explicar la importancia histórica de esta bahía natural como lugar clave en la travesía hacia las Indias occidentales.

El mismo cronista aseguraba que “*es grande, limpio e defensible*”, lo que explicaría la cantidad de navíos que fondearon sus aguas desde aquel año de 1492 en el que quedaría para siempre inscrito en la Historia en el primer viaje del Descubrimiento.

Por tres ocasiones sirvió este puerto de encuentro entre Colón y La Gomera o, si nos atenemos a la *crónica rosa* de la época, al reencuentro de dos viejos conocidos: el Almirante

y la Señora de la Isla, Beatriz de Bobadilla. 1492, 1493 y 1498 fueron los años en los que la *armada* tomó puerto en La Gomera antes de emprender el largo camino, que solía demorar una media de entre 20 y 25 días antes de llegar a tierras antillanas.

La imprecisa historia de amistad entre Colón y Bobadilla, de existir de facto, tuvo que nacer de un encuentro en Santa Fe, en Granada, con motivo de la estancia de la corte en este campamento previo a la toma de la entonces ciudad nazarí. Ella había sido dama de la reina Isabel de Castilla y es de sobra conocida la presencia del Almirante en aquella zona durante este mismo año de 1492. De ser así, se explicaría las facilidades dadas por la Señora de La Gomera a Colón para proveerse en San

El puerto de San Sebastián: parada y fonda del viaje del Descubrimiento

Muchos de los animales domésticos existentes en tierras americanas provienen de La Gomera, como refiere el cronista Bartolomé de las Casas



● ● ●
 Los tres navíos de Colón dibujados por un autor anónimo en Alemania en 1893.

Sebastián.

Quizá el hecho fundamental para San Sebastián y su puerto no sea tanto el agua que tomó -y que para siempre quedará en la tradición- del pozo de la aguada en el viaje del Descubrimiento. Un año después, en el segundo viaje, con 17 navíos, se proveyó el Almirante de animales gomeros para hacer la primera cabaña de ganado doméstico en tierras Antillas. Antonio Tejera Gaspar lo explica con profusión en su libro “Colón

y La Gomera. La colonización de la Isabela (República Dominicana) con animales y plantas de Canarias”.

Refiere el historiador una cita reveladora sobre esta cuestión tomada del cronista de Indias Bartolomé de las Casas: “[...] *Je, por eso, a media noche, torna a alzar las velas, y el sábado siguiente, a cinco de octubre, tomó la isla de la Gomera, donde estuvo dos días, en los cuales se proveyeron a mucha priesa de algunos ganados, que él y los que acá venían compraban y metían, como becerras, cabras y ovejas*”.

Así pues, el puerto de San Sebastián no debemos entenderlo solamente como encrucijada en la ruta americana, ni siquiera pensar en la epopeya colombina como un hecho que se produjo en 1492 por el avituallamiento del Almirante; que muchos de los animales domésticos existentes en tierras de las Indias provengan de la Isla es un hecho significativo que merece ser recordado por su importancia histórica. Y también lo es hacerlo 525 años después.

El antiguo Resucitado del Hospital de Dolores y su posible recuperación

● ● ●
 Texto: **José G. Rodríguez Escudero**
 (de la Real Sociedad Cosmológica)

El 30 de junio de 2014 se conmemoró el quinto centenario de la fundación del Hospital de Dolores de Santa Cruz de La Palma. Su primitiva ubicación fue en el solar donde luego se erigieron el Teatro Chico y La Recova. En 1842, tras la clausura del Convento de Santa Águeda, se trasladó el establecimiento benéfico a las actuales dependencias.

Su iglesia aún conserva un rico patrimonio artístico procedente del mencionado monasterio de las clarisas, así como del antiguo templo de la casa-hospital. En el catálogo se destacan imágenes como: Nuestra Señora de los Dolores (Amberes, siglo XVI), Santa Águeda (Sevilla, 1574), San José (México, 1770), San Lorenzo (1802), Inmaculada Concepción (1828), Santa Lucía (1673) o un Cristo Resucitado (siglo XVII). Existen otras piezas relevantes

que conforman el tesoro de este recinto: un atril mexicano con incrustaciones de nácar y carey, un apostolado pintado sobre lienzo, un facistol y sillaría de coro (siglo XVII), tres sillas de brazos para altar (1778) y los antiguos altares de la Virgen de los Dolores (1752-1757) y de San José (1771-1777). Destaca sobremanera el extraordinario retablo mayor, ejecutado por Andrés del Rosario y Juan Fernández (1679-1697), pieza importante del barroco isleño.

En los últimos tiempos viene madurándose la idea de restaurar la imagen del mencionado Resucitado. Muy posiblemente se trata de una imagen sevillana de las primeras décadas del siglo XVII, según el inventario realizado el 30 de septiembre de 1836, con motivo de la supresión del cenobio. Es una imagen de talla completa y de valor artístico indudable. Además, se



● ● ●
 Imagen de Cristo Resucitado que se encuentra en el Hospital de Dolores.

trata del único Resucitado de tamaño natural conservado en La Palma y, probablemente, la más antigua representación de esta advocación cristológica del Archipiélago. Hoy en día recibe culto sobrevestido como un Sagrado Corazón en el primer altar del lado de la Epístola.

Son numerosísimas las tallas que, bajo esta iconografía, se encuentran puestas al culto público en diferentes oratorios. Recuérdese que, en El Paso, se reunieron excepcionalmente las

dieciocho imágenes catalogadas de esta advocación cristológica localizadas en el territorio insular. El motivo fue el de una histórica exposición realizada en el año 1998. Una advocación muy querida y venerada que se introduce en la isla con energía y fortaleza a principios del siglo XX, décadas en la que se ejecutarían la mayoría de dichas efigies. De esta misma advocación, por ejemplo, hay dos imágenes más en la capital palmera: en la parroquia matriz de El Salvador y en el Real Santuario de Nuestra Señora de las Nieves.

No cabe duda de que se revelaría muy interesante, tanto desde un punto de vista artístico como del devocional, la recuperación de la imagen del Resucitado en su estado original. La magnífica imagen es la única que existe de sus características en Santa Cruz de La Palma. En el Hospital de Dolores dispone su sede la Cofradía de La Piedad, fundada en 2003, y que ha proporcionado un gran impulso a nuestra Semana Santa.

Aparte del propio valor que podría conllevar la restauración, la imagen podría ser empleada en el monumento del Jueves Santo y, como broche de la Semana Mayor de la ciudad. Nada más bello y lógico que terminar la Semana Santa e iniciar la Pascua Florida con la procesión de un Señor Resucitado. Con esta demandada actuación, la imaginería pasionista de Santa Cruz de La Palma se coronaría con un Cristo Resucitado y no con un Yacente, como lo hace hoy en día.



BALCÓN DE VENEZUELA

“Una política de desarrollo es inevitable relacionarla con el movimiento mundial del turismo, cuidando que los elementos relacionados con ella estén cuidadosamente estudiados para su integración en el mismo” (A.P.T.R. Santa Cruz de La Palma, 1971)

DESARROLLO SOSTENIBLE Y PROMOCIÓN TURÍSTICA. LA AVENTURA DEL TURISMO

Texto: **Antonio-Pedro Tejera Reyes**
(del Grupo de Expertos de la Organización Mundial del Turismo)

La referencia leída en el periódico EL DÍA de Santa Cruz de Tenerife de unas declaraciones del alcalde del municipio de Adeje nos han despertados los recuerdos sobre lo que era ese municipio en los años cincuenta del pasado siglo, así como de nuestras jornadas laborales sobre un tablero de dibujo en la tercera planta del edificio del Cabildo Insular, llevando a once láminas de papel vegetal de un metro cuadrado cada una las curvas de nivel y todo el componente de los terrenos de Fañabé, el limitado espacio de ese municipio del suroeste de la isla donde se levantaban tímidamente algunas construcciones con dos plantas rodeadas de áridos terrenos donde apenas llegaba el agua transportada a través de canales que venían desde el norte de la isla.

La llegada a estos tristes parajes de la isla de Tenerife se hacía por una dificultosa carretera cuyas continuas curvas tenían en muchos lugares radios de quince metros, con pendientes pronunciadas, como la llamada Cuesta de la Tablas, de reconocida importancia para calibrar la capacidad de los motores de aquellos vehículos antiguos que transitaban estas rutas. La distancia que hoy se recorre por la amplia autopista TF-1, en una escasa hora, se hacía, con mucha suerte, en tres horas, más o menos. Era un recorrido que solo hacíamos los valientes impulsados por la aventura, o aquellos que no tenían otra posibilidad por su trabajo.

El puertito de Los Cristianos, en el municipio de Arona, fue un destino pionero del turismo sureño con la Pensión Reverón -y don Juan al frente como punto de referencia- y su cine al aire libre, donde los comienzos de las funciones se anunciaban tirando cohetes, espectáculo del que disfrutamos en muchas ocasiones.

Los Cristianos era el núcleo turístico principal de esta zona para los pocos atrevidos de la capital o del norte de la isla que se aventuraban a disfrutar de su tranquilidad, su jornada de pesca y sus filetes de atún en adobo con las clásicas papas arrugadas. ¡Qué tiempos aquellos!

Adeje es el municipio limítrofe con Arona, en el cual prácticamente existía una oficina pública de Correos, y pare usted de contar. En su casi siempre desierta calle principal existía

una casa de comidas de lo más rústico del mundo, regentada, creemos recordar, por un matrimonio extranjero, donde se saboreaban unas ensaladas deliciosas, como referente de la gastronomía del lugar.

Llegar hasta esa zona y dar la vuelta a la isla fueron nuestras primeras peripecias turísticas por esas viejas carreteras. Cuando la había, era una tortuosa pista de tierra que bordeaba casi la costa desde Adeje a Guía de Isora, que en algunas épocas del año permanecía cerrada debido a condiciones meteorológicas adversas. Año tras año, el estado español enviaba los recursos económicos para continuar la costosa carretera que uniría con el tiempo norte y sur de la isla, para cuya operación proponíamos desde la Junta Administrativa de Obras Públicas -antes Junta de Carreteras- la inversión, y cuyos planos identificativos de la obra realizamos personalmente durante varios años. Hoy, recuerdos imperecederos.

Arona-Adeje hoy

Poco o nada queda de este escenario que apuntamos, en el cual hoy se asienta uno de los núcleos turísticos más importantes y dinámicos de Canarias, donde millones de turistas pasean por sus espléndidas avenidas, frecuentan sus modernos parques temáticos de atracciones, entre ellos el Siam Park -considerado por TripAdvisor como el mejor del mundo en su género-, sus espectaculares playas artificiales construidas con el ingenio y la tecnología más moderna, y un núcleo hotelero de increíble variedad que incluye la mayor concentración de España de hoteles de lujo (cinco estrellas), plenos de una arquitectura de vanguardia donde en muchos de sus casos se ha tratado de forma espectacular integrándolas al paisaje las más claras señas de identidad de Canarias, como es el caso del Gran Hotel Bahía del Duque, por poner un ejemplo.

Complejos de extraordinario valor paisajístico donde también se han respetado estas señas de identidad abundan en toda esta zona de forma especial, como es el caso de los hoteles-suites del reconocido internacionalmente Grupo Golf Resorts (en Arona) hasta la zona que tomó el nombre de Costa Adeje, como señal indicativa diferencial dentro del todo turístico que es la isla de Tenerife.



Vista parcial de una de las espléndidas piscinas del Green Golf Resorts, en Playa de las Américas, sur de la isla de Tenerife.

A este tenor, y siguiendo con nuestro enunciado sobre las declaraciones del alcalde de Adeje, reproducimos su clara visión sobre la importancia que el desarrollo turístico le ha dado a su municipio, y la razón fundamental del tratamiento que se hace para su promoción: “Reivindicamos el derecho de cada destino a tener sus propias iniciativas, su dinámica, y a apuntalar las singularidades de cada uno. No vamos en contra de nada ni nos descolgamos de nadie porque tenemos claro que nuestro paraguas es España, Canarias y Tenerife”, enfatizó defendiendo que “no vamos a vender camas, sino a crear un paraguas de atracción e interés hacia un destino turístico de máximo nivel y con oferta complementaria singular. “Esto es un negocio, no son Servicios Sociales”, dijo el mandatario.

Con una visión futurista y una labor ininterrumpida en esa alcaldía, Rodríguez Fraga es el alcalde perpetuo de Adeje desde que se implantó la democracia en España. El crecimiento del municipio ha sido una constante durante su largo mandato, donde ha concluido obras emblemáticas. Ahora mismo está ejecutándose en todo el centro de su núcleo histórico un edificio soterrado de aparcamientos que en su parte superior albergará una plaza de 2.000 metros cuadrados.

Tenemos memorables recuerdos de Adeje. Del de antes y del de ahora. Por sus oficinas de gestión y promoción del turismo han pasado varios de nuestros amigos, como el caso de Miguel Ángel Santos, importante gestor durante muchos años, o Rafael Dolado, últimamente, brillante ex alumno de la primera promoción de nuestra Escuela de Turismo de Las Palmas, director del hotel Gran Tinerfe muchos años y hasta su jubilación.

De memorable recordatorio fue nuestra intensa actividad en el her-

manamiento de la Villa de Adeje con la ciudad de Caracas, en el año 1990, de lo cual publicamos un libro, que presentamos el año siguiente con una excepcional acogida, en el cual se recoge toda la labor desarrollada en aquellos brillantes actos, junto a las intervenciones de los más connotados actores de los hechos, en el que sobresalía la presencia del político venezolano, alcalde de Caracas en aquellos tiempos, Claudio Fermín. El aporte del grupo de música autóctona venezolana Serenata Guayanesa puso la nota de la cultura popular en los relevantes actos, todos llenos de una gran emotividad y señales de entrañable amistad.

Epílogo

La constancia y la visión futurista de algunos de los hombres del sur de la isla que creyeron en el turismo como la forma de desarrollo de sus áridos territorios dio este espectacular resultado que vivimos hoy y que estamos anunciando desde aquellos pasados años cincuenta en que ese recuerdo de la vuelta a esta isla por carretera era una auténtica aventura para contar a los amigos.

Hoy, las Islas Canarias, y con ellas Tenerife, son exactamente lo que vislumbrábamos en aquellas célebres conferencias que impartimos en la isla de la Palma en el año 1971, donde también asistimos a la primera y única asamblea turística que se celebró en las Islas, cargadas de una polémica del sí o no al turismo, frente a los terratenientes que explotaban -nunca mejor empleado el término- la exportación del plátano y del tomate.

Nuestras conversaciones con los próceres del sur de la isla, José Miguel Galván Bello o José Antonio Tavío, podían servir para escribir un libro. Quizá algún día.